

R. Madrid

GUO

44

nal



Munilla

LA  
CIGARRA

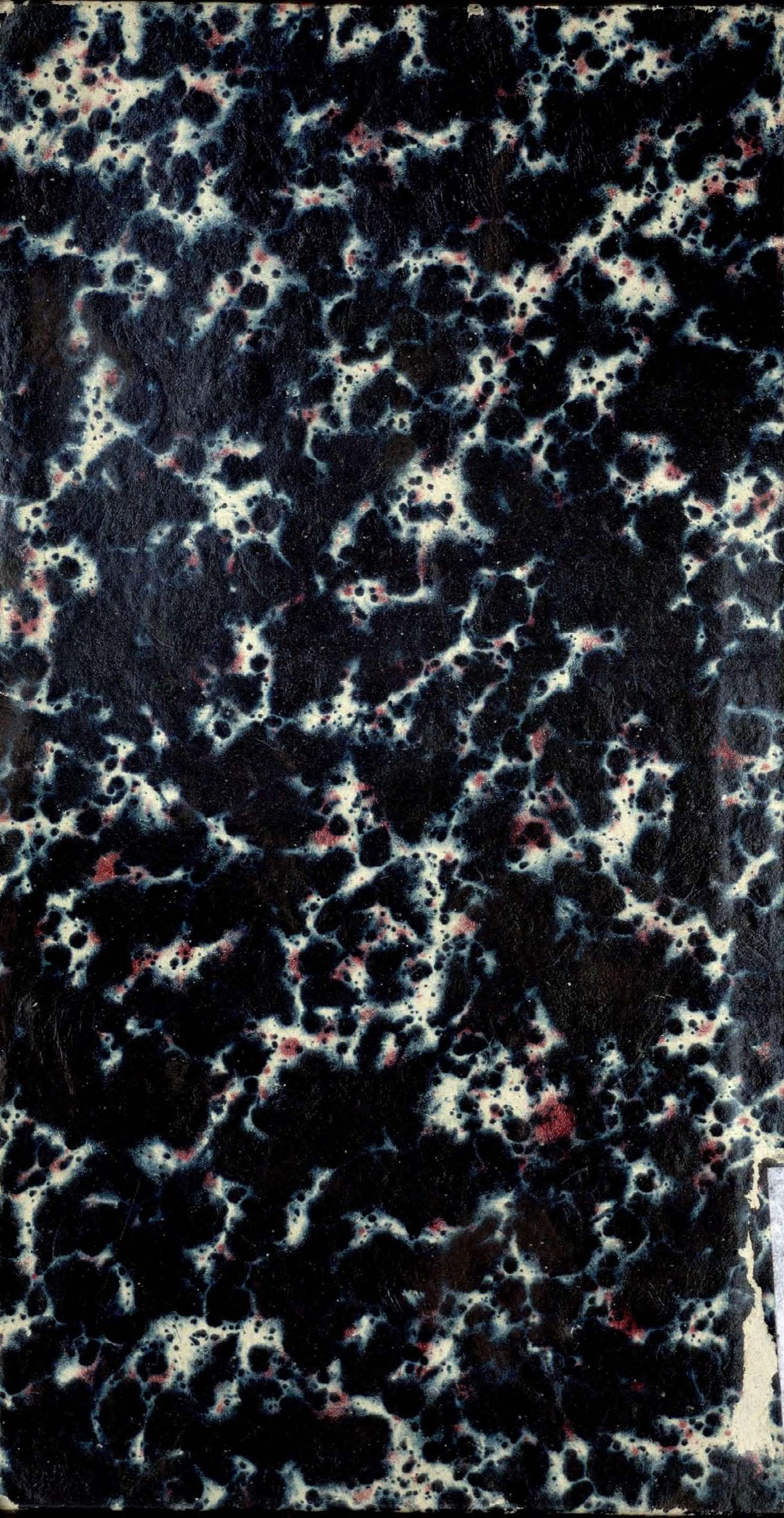
B.R. Maric

FONDO ANTIGUO

**A-1044**

Bib. Regional





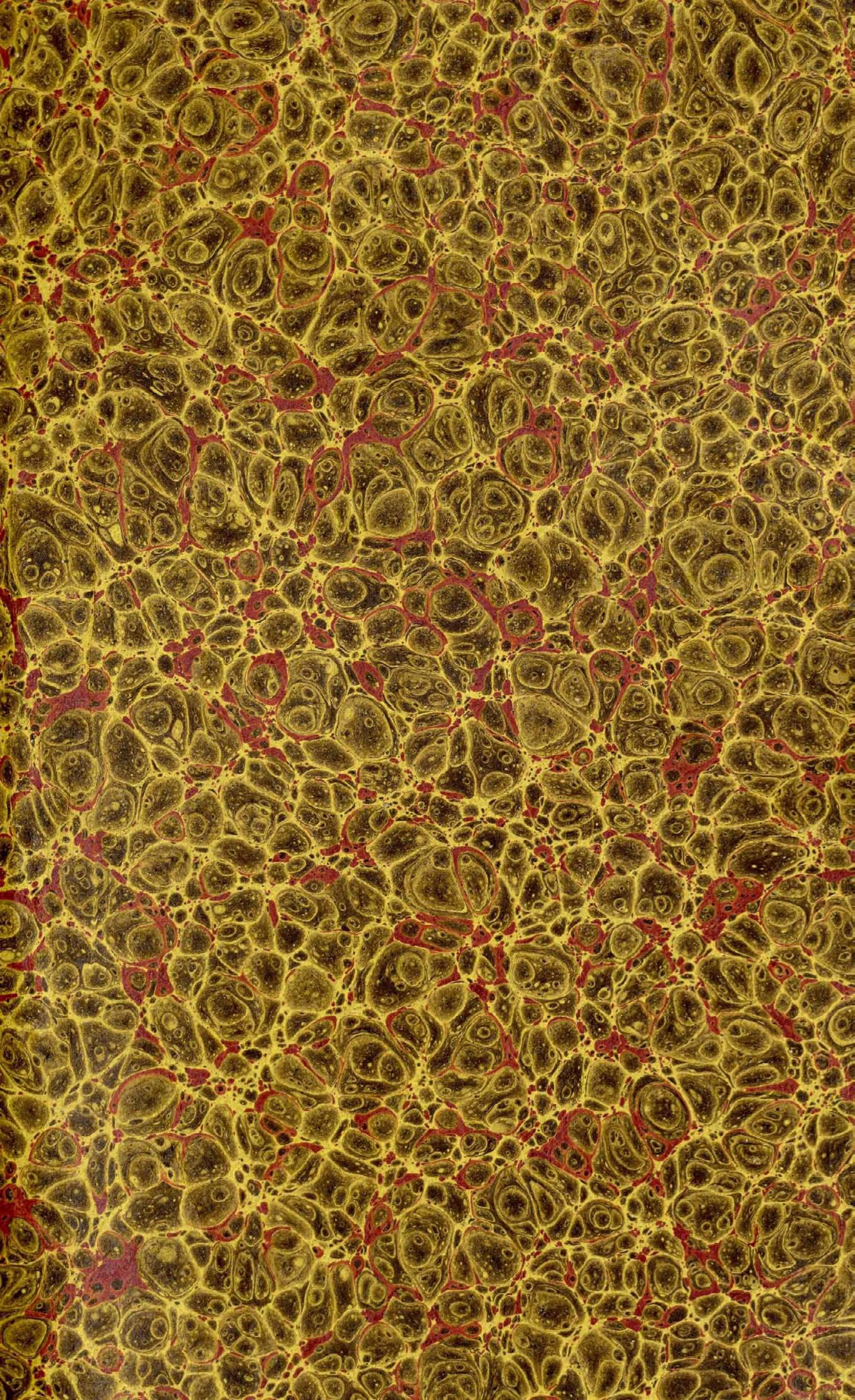
FONDO  
A-1  
Bib. R





LIBRERIA  
DONATO GUIO  
ARENAL 14  
MADRID







A-1044

LA CIGARRA.

---

R  
31147





# LA CIGARRA

(RELACION CONTEMPORANEA)

POR

J. ORTEGA MUNILLA.



MADRID

Imprenta de A. Florez y Compañía  
calle de Villanueva, núm. 6

1879







---

## PROLOGO.

### I.

De todas las cualidades que mis buenos amigos me conceden, y de las que en el fondo de mi conciencia, entre esos actos de amor propio que el hombre menos imodesto tiene á solas, yo me atribuyo, una no mas me atrevo á confesar ante el público.

Esta cualidad, que no fundo en mi inteligencia, sino en mi instinto, no es muy grande que digamos; pero sí es muy segura, y tiene algo de parecido con la tan misteriosa de los perros de caza, consistente en la *muestra*.

La creencia firme que tengo en esta propiedad va envuelta entre mis propios recuerdos, formando el verdadero proceso de mis convicciones.

Niño, muy niño aun, y ensimismado en todas las ignorancias, sin saber por qué, deleitábame la vista de ciertos cuadros, halagaban mi oído determinadas cadencias, y mi ánimo se embobaba en la lectura de contados libros.

Ni cuadros, ni música, ni escritos eran para mí más que sensaciones externas, producto de impresiones fortuitas, en que una tendencia, por



decirlo así, innata en mi persona, formaba la fuerza de arrastre de mi voluntad y de mi espíritu.

Más tarde, cuando llegó á mi inteligencia la noticia de ciertas cosas y pude clasificar las obras de arte que de una manera contingente habian herido mis gustos y pude unir á cada obra el nombre de su creador, averigüé que jamás me gustó pintor que no hubiera sido célebre, músico que no fuera admirado, ni escritor cuyo nombre no repitiera la eterna trompeta de la fama.

La edad, el estudio y el trabajo, quizá hayan perturbado algo esta seguridad de mi instinto, que inmodestamente proclamo, pero me confirmo en tal aseveracion, al recordar los nombres de oscuros compañeros míos que durante toda su vida, ó una larga parte de ella, pasaron desconocidos entre la multitud contemporánea y á quienes, sin embargo, yo dedicaba admiracion secreta, admiracion que, junto á sus tumbas, ó al par que vivian, ha pasado hoy á ser contagiosa á los demás.

Grilo no habia hecho más que una poesia cuando le di á conocer en *El Contemporáneo*. El, con su génio, ha justificado despues si fué ó no un inteligente *pachon* de sus prodigiosas facultades poéticas.

Jamás dejé de admirar á Becquer en su vida. La muerte apagó con un soplo la llama potente de aquel génio, cuyos débiles relámpagos hanle otorgado en poco tiempo puesto en la posteridad, y estruendosos aplausos, entre los que no supieron que habia vivido, sino cuando ya estaba muerto.

Cuatro versos que oí á Monroy, en un café, hicéronme su expositor instantáneo en un folletín de periódico, y su admirador siempre.

Estos continuados triunfos de los demás, han hecho agigantarse en mi alma un amor propio, terrible.

Si la inteligencia tuviera parte en él, no la



modestia, sino mi reconocida ignorancia, haría-me callarlo, como vanidad ridícula de mi ofuscada soberbia.

Pero ¿qué clase de mérito tiene un arpa, que olvidada en oscuro rincón, al vibrar lejos las cuerdas de otro instrumento igual, movidas por inteligente mano, siente agitarse y sonar las suyas, para repetir, de cuando en cuando, y sin llegar á formar melodía aparente, alguna que otra nota de las que constituyen la no interrumpida armonía del arpa distante?

## II.

Mientras duraron las discusiones del Parlamento, apenas visité la redaccion de Los DEBATES.

Durante mi ausencia reformóse aquella redaccion varias veces.

Confieso que nunca dejo de mirar con irresistible curiosidad y espontánea ternura á todo jóven que pretende entrar en la redaccion de un periódico. Pero si el jóven, al solicitar su plaza, declara antes que no entiende aun nada de política y quiere dedicarse á tareas literarias, entonces, cariño y ternura se mezclan con una compasion gratuita ó con una desconfianza cerval.

¡He visto tantos grandes escritores perderse entre artículos de fondo, y he contemplado tantos pretendidos génios detenerse impotentes al querer escribir una gacetilla!

Sin embargo, siempre concluyo por declararme partidario á ciegas del novel escritor, hasta que su marcada pereza, insuficiencia probada ó falta de idoneidad absoluta vienen á convencerme de que mi protegido no sirve para el caso.

Entónces una lástima terrible se apodera de



mi. Si de los que realmente valen son pocos los que llegan á la meta de la fama, ¡infeliz de aquel que, obstinado en ser escritor, se empeña en serlo, sin condiciones para ello! ¡Eterno Sísifo de sus impotencias, creará ver toda su vida, en la envidia de los demás, las consecuencias de sus vanos y estériles deseos!

Pero, en cambio, cuando con mirada tímida, con balbuciente lábio, con sonrisa callada ó con tristeza incógnita, producto quizá de la nostalgia de la gloria, veo un jóven, recién salido de la Universidad, ocupar humilde el sitio mismo que yo ocupé hace veinte años en una redacción de periódico, y cuando, despues de varios días de inútiles tentativas, cuyos tropiezos han sido más bien las interiores modestias del escritor, que su torpeza, creo entrever de pronto en una gacetilla, en un suelto, en un artículo, un fulgor de *eso* que no enseñan los retóricos, que no se aprende en ningun libro, y que solo brota al lanzar sus eléctricas chispas, la pila misteriosa, formada por el espíritu y la materia, *par* divinc, de que es pálida copia el *par* de zinc y cobre que estremeció las manos de Volta, entonces acuden en tropel á mi ánimo aquellos días de mi triste pubertad, en que solo y abandonado llegué á Madrid, inquieto como los pájaros, confiado como los niños, poeta como los cándidos, soñador como los locos, y con tales recuerdos, vuelven á aparecer los días oscuros en que, cual la roca á Moisés, esperaba yo que alguien, tocándome con la varita mágica de los adivinos, hiciera salir de mi alma, que no se atrevia á volar, asustada, el tesoro de mis fantasías, el venero de mis aptitudes, la fuente de mis espontaneidades, cualidades todas que, contenidas por la imposibilidad de la imitación, por el temor á una reprimenda ó por el estigma de mi inutilidad sorprendida, solo se atrevian á tomar cuerpo en los versos á mis novias, en las cartas á mis amigos, ó en alguna apreciación rápida y espontánea, tan pronto hecha como



olvidada, de miedo á que fuera un disparate. Yo no encontré Mentor; yo no encontré guía, y el público, sólo el público, fué el que comenzó á decirme «atrévete;» y desde entonces, aunque mal, me he venido atreviendo.

Recordando todo eso, sintiendo todo eso, más que á poeta, más que á literato, más que á periodista, me he dedicado siempre á la busca de gentes que *sirvan*, tornándome en un Mecenas de ocasion, ya que, ni por capitales, ni por autoridad, puedo serlo real y efectivo, como el protector de Horacio.

Obedeciendo á esta manía, hoy te presento, querido lector, asido cariñosamente de la mano, al jóven más modesto, más tímido, pero más bueno é inteligente, con quien he tropezado en ese fondo de las redacciones, oscuro como tinta de imprenta, ó cielo en noche sin luna, pero, como éste, tachonado, para quien sabe observarle, de estrellas luminosas, de meteoros brillantes y [de radiantes soles, plantel de futuras glorias, al mismo tiempo que lugar de perdicion para muchos que hubieran escrito sus nombres en el templo de los inmortales, si, convirtiendo poco á poco el arte en oficio, y en mecanismo la inspiracion, no hubiesen tenido que ir á parar á los hospitales ó á los destinos, ilfiernos y *oasis* de muchos de mis contemporáneos.

### III.

Al presentarte, querido público, al jóven autor de esta narracion, (que no vas á dejar de la mano en cuanto leas la primera línea) al escribir un prólogo *espontáneo* para LA CIGARRA y hablarte de su autor D. José Ortega Munilla, no obedezco á los impulsos de una fácil entrega, á guisa de mujer liviana.



La conquista se me ha hecho en toda regla, y por sus pasos contados.

Primero supe que habia en la redaccion de LOS DEBATES un *Orteguita*.

Este *ita* me suena en todos los nombres á quienes se añade, como *tocayo* en tiempo pasado, como algo que á mí me ha pertenecido.

¡He sido yo tanto tiempo Correita!

No hay para qué decir que el nombre pronunciado de esta manera, sonó en mi oido como el primer piropo de un mozo guapo en el oido de una mujer sensible, pero virtuosa.

Un día se estrenó un drama en un teatro, no sé si de Echegaray ó de otro.

Leí LOS DEBATES, y me encontré con una de esas criticas que á mí me gustan.

—¡Hola! ¿Y cómo gustan á Vd las criticas, señor prologuista?—exclamará el lector.

Procuraré decirlo en dos palabras.

Si yo fuera turco y quisiera comprar una esclava, escogeria para tomar informes á los sultanes y no á los eunucos.

Bueno; pues aplicado esto á la literatura y á las demás artes, á mí me gustan las criticas, entre cuyos severos renglones vaya envuelto ese espíritu fecundo, esa galanura de forma, ese atrevimiento de las ideas, ese entusiasmo ó esa indignacion, que al mi mo tiempo que enseñe, distraiga; que al copiar, embellezca; que al censurar, no lastime; que al herir, cure; que al pedir, dé; que al alabar, no exagere; que al escudriñar, no maltrate; y que al esprimir el jugo de la obra sometida á su exámen, no la deje seca y filamentosa, como caña recién salida del *tropiche*, sino rodeada por el barniz de la forma que la ha cobijado en su entendimiento, pura, tal cual era, buena ó mala, como ramo de florera inteligente, cuyas rosas van atadas, sin ajar las suaves hojas y sin que las espinas goteen sangre.

Pues bien: un dia encontré una critica así en LOS DEBATES, y como el eco de voz de persona



simpática hace volver inmediatamente el rostro al sitio de que partió el sonido, yo volví con amor mi entendimiento hácia el autor de aquellas líneas.

—¿Quién ha escrito la crítica de ayer?—pregunté al primer redactor que hallé aquel día.

—Orteguita,—se me dijo.

Esta segunda vez oí el nombre del autor, no como oye el piropo de pretendiente una mujer difícil, sino como si, al tomar ésta informes de su galanteador, le anunciase que era de buena casa y que tenía dote.

La tercera vez... ¡Oh! La tercera vez fué frágil mi virtud.

Cai sobre el tercero ó cuarto (no me acuerdo) folletín de Los DEBATES sitio por donde comencé á leer LA CIGARRA, como debió caer Francesca de Rimini en los brazos de su amante; cai de golpe, y la cosa no era para menos.

¿Sabes dónde fué, querido lector?

En el sitio aquel de la narracion, donde *Solita* (¡qué nombre!) se queda sola, solita, en el cuarto del padre Hernando, y con sus piecitos lagados, con sus miembros entumecidos y con sus ojos en la oscuridad abiertos, oye sonar la péndola del reloj, cree sentir pasar rozando por su frente el lábio tibio de su madre muerta, y al llegar aquí, una lágrima (¡á los cuarenta años!) se deslizó por mis megillas, por mis megillas, quemadas con toda clase de luces, desde la del sol, hasta la de gas y del velon, luces consumidas en leer novelas, desde las alboradas del género en Grecia y Roma, hasta la de Dickens, Karr y Valera; y al sentir aquella lágrima, juré-me ser amigo de Orteguita, dar un estrecho apretón de manos al Sr. Ortega, y hacer un prólogo para LA CIGARRA, *relacion contemporánea*, original del Sr. D. José Ortega Munilla.

Voy, pues, en breves líneas á cumplir mi palabra.



## IV.

No sé si la literatura que alimenta el teatro, es más ó ménos importante que la novela.

Lo que sí afirmo, á presencia de la historia, es que la novela coincide más con la civilizacion de un país, que el teatro.

Este aparece, á raiz de toda nacionalidad, desde la farsa grotesca y bucólica, hasta la comedia, pasan o por la tragedia y el drama.

La novela, por el contrario, viene á ser como el premio de la civilizacion alcanzada, y respondiendo más á la realidad y al análisis, es, con respecto al teatro, lo que el cristianismo al gentilismo, lo que la verdad á las conveniencias y á las ficciones.

Busca el teatro, para dirigirse al alma, el camino de las pasiones personificadas y de los relatos que entran por el oido.

La novela necesita en el hombre una educacion anterior, y solo puede popularizarse por la aficion á la lectura. Necesita, además, una libertad de accion, una ubicuidad posible y una extension bastante para que en sus páginas puedan moverse el ingenio, la fecundidad, el análisis, la observacion y todas esas cualidades tan difíciles de amontonar y reunir en un espectáculo de convencion.

Así es que apenas se conocen novelas en Grecia y Roma, siendo verdaderos poemas en prosa los Libros de Caballería.

La novela, la verdadera novela, no se desarrolla ni en España, ni en Italia, ni en Francia, ni en Inglaterra, ni en Alemania, hasta tanto que aquellos países no alcanzan un grado de civilizacion y cultura, de vigor y de confianza en sí mismos, que al dirigir la reflexion y el análisis,



producen el deseo de la copia, abrillantada por las perfecciones del idealismo ó admirablemente conservada por la verdad en los tipos, en los hechos, en las pasiones, ó en la caricatura.

Comenzando en el cuento y terminando en el poema, es á las imaginaciones lo que la historia á los hechos, siendo, por lo mismo tan difícil como ser historiador, ser novelista.

No basta que el estilo sea galano, correcto y fácil: es preciso que sea natural, y esto de sorprender la naturaleza para convertirla en arte, sin que deje de ser verdad, explica, quizás más que nada, la escasez de buenos novelistas en nuestra patria.

En España ha habido siglos de gloria, años de fortuna, días de milagros; pero casi nunca, ni en la política ni en las artes, ni en las ciencias ni en las formas, ha sido lícita, conveniente ó provechosa la verdad.

La Inquisición por un lado, y el absolutismo por otro, han pesado siempre sobre las conciencias y los derechos, l'egando la literatura hasta el Gongorismo, por el camino de formas ampuhosas, necesaria vestimenta de hombres que llevaban su principal enemigo en su propio pensamiento.

La novela, pues, fuera de alguna de Cervantes, vive relegada á la misma fuente de inspiración en que Velazquez fué á buscar sus *borrachos*, el mismo Cervantes sus *Rinconete* y *Cortadillo*, y Le Sage, algo más atrevido, por no ser español, su *Gil Blas de Santillana*.

Solamente en la sociedad, donde no se corria peligro de hallar un problema filosófico, canónico ó político, érales lícito copiar *del natural* á nuestros novelistas. El vocabulario, pues, de la novela española miróse rico en el lenguaje de la hampa y de los figones, de las galeras y de las almadrabas, huyendo de los salones y de la luz, de lo elevado, y por ende peligroso, hasta dar en un estilo rastroero, aunque rico, inculto,



aunque abundante, y grosero, aunque fácil é inimitable.

No habia remedio. O escribir ampuloso é hinchado, si se pretendia ser culto, ó tocar hasta en la desvergüenza, si se habia de ser natural.

Claro es que nos referimos á las obras de imaginacion, en prosa, y de ningun modo á los otros géneros de literatura, principalmente á los misticos é históricos, en que Fray Luis de Granada y Melo, Fray Luis de Leon y Mariana, con otros muchos, alcanzaron la meta á que quizás ninguno ha llegado despues de ellos.

Hasta en las relaciones sociales fué perdiendo el castellano la naturalidad en la diction, si habia de expresar conceptos dificiles ó atrevidos, y así como en la moderna filosofia acaso faltan á los españoles algunas palabras que den exacta idea de sus raciocinios, así en la vida galante y dentro de las costumbres cultas, córrese hoy el peligro, ó de ser arcáico y quinta esenciado por lo lírico, ó de ser demasiado pedestre y ramplon, si se aborda con naturalidad un diálogo peligroso.

No podia ménos de hacerse sentir esa falta en la novela, principalmente en los diálogos, que pocos, muy pocos autores modernos manejan con naturalidad, cayendo en lo *cursi*, por no ser ramplones, ó en lo arcáico y remilgado, en lo anti-natural y en lo inverosímil, por huir de lo grosero.

Manejar, pues, el diálogo es la principal condicion del novelista, despues de haber combinado con imaginacion, originalidad, tersura y felicidad en el desenlace, un buen argumento.

Ahora bien; esta condicion inapreciable surge natural y espontánea del libro del señor Ortega.

No son ménos notables las descripciones de sus tipos, de sus fantasías ó de los lugares y ocasiones en que los personajes actúan.

Dickens, ese rey de los detalles, de la verdad y del sentimiento, debe haber sido el modelo



del Sr. Ortega, y ya se deja conocer lo aventajado del discípulo en la descripción que hace de Madrid en esas horas del crepúsculo vespertino, tan animadas y bulliciosas, y que son el desenlace del día y la última protesta de las vertiginosas multitudes contra el silencio y las sombras de la noche.

En cuanto al argumento, es una de las pruebas mayores de lo simpático y ameno, de lo tierno y encantador del estilo narrativo del señor Ortega.

La idea es vulgar: una niña abandonada por su madre, y cuya muerte forma el castigo de ésta.

Esto es todo; pero esto es nada.

Por consiguiente, hemos llegado al punto en que se hace preciso leer la obra para enterarse del contenido.

¿Cuanto vá, querido público, á que después de leer LA CIGARRA, y de parecerte pocos mis elógi-  
os, exclamas como yo:

—El día en que éste principiante ponga su estilo, su ternura, su gracia, su naturalidad y su sinceridad de escritor fluido y ameno, á servicio de una idea madre, desarrollada en un argumento importante, será uno de nuestros primeros novelistas.

Pues ¿sabes, querido público, lo primero que el Sr. Ortega ha de encontrar antes que esa idea madre y ese argumento *capital*?...

Pues te lo diré muy claro.

Eso que, no sé por qué, en sociedad se llaman *medios*, en culinaria, *principios*, y en economía, *metálico*.

Agota, pues, esta edición, y para que la primera novela del Sr. Ortega sea perfecta, te prometo que no habrá prólogo de tu antiguo amigo y servidor.

R. RODRIGUEZ CORRÉA.

Febrero 28, 1879.







AL EXCMO. SEÑOR

DON JOSÉ MARÍA LOPEZ

en testimonio de cariñosa amistad,

J. O. M.















---

# LA CIGARRA

---

## I.

### ¿BONDE LEÁ?

Por el sitio en donde estuvo la puerta de Bilbao, y ya cerca de la calle de Fuencarral, á la hora de las seis de la tarde, venia, una de las tristes de Enero, poco antes de que oscureciese, una niña, todo lo aprisa que la debilidad y cansancio de sus piececillos consentian. Llevaba una falda de percal oscuro, que le cubria hasta más-abajo del tobillo, jubon de la misma tela y pañuelo de seda, muy viejo y mal puesto, en la cabeza, que era pequeña y graciosa. Zapatos, no los tenia: y, con la planta desnuda, caminaba, mojándose en los muchos charcos que la lluvia forma en tan descuidados lugares; abrigábase las manos metiéndoselas debajo de los brazos, y cruzando éstos con fuerza, para que el frio soplo del viento, y las punzantes agujas de una llovizna copiosa, no se las helasen. A la espalda traia, pendiente de una cinta, una viejísima guitarra, con



solas dos cuerdas y tres clavijas; bien es verdad, que, en cambio, dos agujeros, tamaños como puños, compensaban en la caja el defecto del mástil, de donde se habían caído la mitad de los trastes.

Andaba la niña velozmente, como quien va á algun sitio determinado y le urge llegar pronto; y, en sus desiguales pasos, se echaba de ver que aquellos enanos piés estaban fatigados y doloridos del mucho caminar. Así era, en efecto; y si hubiéramos podido leer los pensamientos de la niña, habríamos oído murmurar al ánimo con-tristado que los formulaba:

—¡Ay, qué pena!... ¡cuánto andar!... Me han dicho que por aquí se entra en Madrid... ¡Por aquí derecho, derecho!... ¡Estoy rendida!... Yo, que creí que llegar á Madrid era cosa de un momento... ¡Un momento, y llevo quince días andando!... ¿Y para qué? ¿Lo sé yo misma? Si fuera en busca de una persona que me quisiera, tendría que estar dando vueltas y vueltas, hasta que me muriera, como esas golondrinas á quienes los chicos rompen el nido... Tendría que irme volando por los cielos, que es donde está mi pobrecita madre...

El pensamiento de la mendiga cesó de hablar, porque una tristeza inmensa afluyó en poderosa ola de llanto á su corazón; y alzando el pálido



rostro, para mirar el brumoso horizonte, á un tiempo se le humedecieron lágrimas y gotas de agua helada. La niña se detuvo un momento y pasó por su cara el dorso de la mano derecha, para secar la humedad del lloro y de la lluvia. Después siguió andando, y su pensamiento volvió á hablar.

—Vamos, vamos... Ya veo á Madrid... ¿Pero dónde está el mar?... ¿Será aquello que hacía la derecha se confunde con la tierra?... No; si aquello son nubes... ¡Qué cielo más negro!... ¡Qué triste debe ser Madrid... con este cielo, más oscuro que una cueva!... ¿Pero dónde está el mar?... ¡Si parece que no he visto el mar en un año!... Hoy hace uno, dos, tres, ocho... y dos diez, diez y uno, once... trece... quince, quince días—pensó la niña, contando por los dedos de su casi trasparente manecita—quince días hace que salí de Santa Marta, y desde entonces no he visto el mar... ¡Cuánto lloré al despedirme de sus olas!... Virgen del cielo, si me decían que no me marchase de junto á ellas; que me quedara allí... Pero yo no quise quedarme... porque había prometido á mi madrecita venir á Madrid... ¡Virgen del cielo, qué frío tan grande!...

Nuevamente se paró la niña; pero ahora fué movida de curiosidad para ver un carruaje que, con las dos linternillas encendidas, cruzaba el



camino al galope de sus dos caballos. Las ruedas del vehículo, al entrar y salir en los charcos, sacaban por la tangente chispas de barro, algunas de las cuales mancharon la falda de la mendiga, que continuó su caminata. Pronto se aparecieron á sus ojos exploradores los primeros edificios de la calle de Fuencarral, cuyas tiendas encendian entonces los mecheros de gas de sus escaparates. Los faroles del público alumbrado lucian ya tambien, y su resplandor, al refractarse en las mojadas aceras, dábales reflejos acerados y blancos. Gruesas gotas caian sin cesar sobre los cristales de las tiendas y de los balcones, deslizándose luego por ellos como lágrimas. Las luces de las casas dibujaban en aquel aire caliginoso, y, por decirlo así, palpable, manchas rojas de triste fulgor sangriento.

A pesar de que la noche era horrible, no faltaban transeuntes que, armados de sus paraguas, casi todos, desafiaban impávidos la inelemencia celeste. Iban á buen paso, como quien se dirige á su negocio ó al ageno (que para el caso es lo mismo), y se deslizaban sobre las relucientes losas, á manera de sombras. Numerosos carruajes corrian en todas direcciones, causando con su celeridad, y su traqueo estrepitoso, admiracion profunda á la muchacha. Pero aquella admiracion no fué muy duradera, y á ella substituyó en el al-



ma de la niña un dolor, un desconsuelo amarguísimo: la idea del abandono absoluto en que se encontraba.

—¡Cuánta gente!—pensó, descolgándose de la espalda la guitarrilla, y cogiéndola entre los brazos como á un niño.—Yo no conozco á nadie absolutamente; nadie me habla ni se fija en mí... ¡Virgen del Cielo, qué pena!... ¿Qué vá á ser de tí, Solita,—exclamó hablando consigo misma,—en medio de esta barahunda?... Pero ¿y el mar?... ¿dónde estará el mar de Madrid, Santísimo Dios?... Mi madrecita me dijo que rezara á la Virgen, siempre que estuviese triste y me dieran ganas de llorar... pero he llorado tanto, y he empleado tantas veces ese remedio, sin que me alivie el dolor del corazón, que mi pena es incurable.

Después, fijando los ojos, arrasados de lágrimas, en la guitarra, exclamó:

—¡Pobrecilla! Tú eres mi acompañante, mi amigo, mi madre, y mi padre, y mi mundo todo. Sin tí, no hubiera llegado á este Madrid... ¡Buena estás, guitarrilla!... En Betanzos se te rompió la prima; en Leon, á un mismo tiempo, saltaron la segunda y tercera... No te quedan sino los bordones, que dán un son triste, como el de las campanas, cuando tocan á muerto!

Y Solita (pues así se llamaba) pasó los dedos



de su mano derecha por las cuerdas del instrumento, que produjeron sordo ruido, con que parecían querer asociarse á las manifestaciones de su simpática amiga. Esta se arrimó á una pared, que acertó á ser la frontera de un café muy concurrido, y rasgueó con temblorosos dedos aquellos bordones, y hasta quiso cantar; pero su garganta apenas articuló un lamento, y sus manos cayeron á lo largo del cuerpo, pegando á la guitarra un mediano golpe contra las piedras..

—¡Virgen Santísima, si me muero de frío!— balbució.

Sus dedos rígidos y casi insensibles, no podían moverse con aquella agilidad necesaria á los tocadores de guitarra, y su espíritu, apesadumbrado, también rechazaba un ejercicio con el que la alegría está casada, desde que el mundo es mundo y la música música.

Volvió á ponerse en movimiento, y anduvo una hora, sin cansarse, ó sin dar muestras de que se cansaba; cruzó plazas, burló carruajes, saliendo de entre las patas de los caballos, por milagro patente; atravesó un redondel muy grande que, según hemos logrado averiguar, tras prodijosas disquisiciones, es la Puerta del Sol; otra plaza más pequeña, en medio de la cual un enorme caballero arrostraba el agua sobre blanco pedestal de piedra; y se perdió luego en las



vueltas y recodos de mil calles angostas. Solita no sabia á dónde iba, pero se diria que llevaba rumbo fijo, al mirar cuán veloz era su paso y aquella decision en tirar por la calle de la derecha, en vez de perderse por la de la izquierda, lo mismo que si conociera todos los andurriales de la córte. Como una lancha abandonada va á merced de la resaca, que la arroja á la playa, á manera de trofeo cruento de su victoria sobre la humanidad, Solita, reliquia tal vez del naufragio de alguna familia desventurada, iba á Dios sabe qué playa, á impulso de la corriente con que la sociedad arroja de su seno á los seres inútiles.

Al detenerse Solita, se encontró en el tenebroso extremo de una calle sin salida, que podría compararse á la manga de una chaqueta, cosida por el puño, segun era estrechísima y oscura. En la parte correspondiente al puño de esta manga, veíase negra verja, cuyos espesos hierros destacábanse sobre la eminente tápia que protegian.

Cuando Solita acababa de sentarse en el dintel de una casa contigua, la verja chirrió, gruñendo como una vieja á la persona confiada á su guarda, que en tan endiablada noche salia. El ruido de la verja llamó la atencion de Solita, que dirigiendo una ojeada al lugar de donde pro-



---

cedia el desapacible chirrido, vió unas escaleras, que desde el piso llano de la calle conducian al peristilo de un templo. Por aquellos escalones descendian unos piés negros, detrás de los piés una ropa ámplia, negra asimismo, despues el cuerpo cuya era la ropa y una cabeza, por fin; todo formando un hombre en quien, desde una legua, se reconocia la profesion sacerdotal.

El sacerdote se acercó á Solita, y mientras guardaba dentro de la sotana un manojo de llaves, que lo mismo podrian ser las del cielo que las de la cárcel, preguntó:

—¿Qué haces aquí, niña?

—Yo...—repuso Soledad.

Pero lo que Soledad repuso, merece capítulo nuevo.

---



---

## II.

### NÁUFRAGA.

—Yo,—dijo Solita,—no hago nada... ¿No se puede estar aquí?

—Sí, se puede, muchacha,—contestó el cura, con acento de bondad y voz un tantico cascada.—Pero aquí hace demasiado frío, y en esta noche tan cruda, corres peligro de helarte.

—¡Helarme, señor! ¿Y qué es helarse? Yo no me helaré nunca, después del frío que he pasado en el camino.

—¡Oiga!—exclamó festivamente el buen señor.—¿Conque tú has hecho un viaje?

—¡Y qué viaje, Santísimo Cristo! ¡de más leguas!...

—¿Sola?

—Así me llamo.

—¿Te llamas Sola?

—Y he venido sola, y estoy sola en el mundo,—murmuró la muchachita, entrecortando



sus palabras, para dejar salir, en forma de suspiros, la tempestad de penas que anublaba su alma.—De manera que en mí todo son soledades.

—Estás descalza,—dijo el cura, despues de haber dirigido una mirada inspectora á Soledad,—y casi desnuda. ¿Has comido hoy?

—Sí, señor. Comí esta mañana, en un pueblo que está cerca de Madrid, y que llaman el Pardo... Una ciega, que se habia caido en un barranco que hay junto al ferro-carril, daba muchas voces... yo pasaba cerca, las oí, la saqué al camino, y la buena mujer me dió unas sopas, que me sentaron divinamente... Allá se quedó ella, y yo seguí andando, andando.

—¿De dónde vienes tú?

—De allá lejos, lejos... ¿Sabe Vd. dónde está la Coruña? Pues por allí cae mi pueblo.

—¿Cuál es el nombre de ese pueblo que cae junto á la Coruña?

—Santa Marta.

—¿Santa Marta de Ortigueira?

—Ese mismo—exclamó alegremente la niña, levantándose.—¿Le conoce Vd.?

—No, hija mia; pero conozco el nombre. Allí hay buenas ostras.

—Yo creí que había Vd. estado en Santa Marta—repuso Soledad, volviendo rápidamente á



su tristeza, despues de aquel relámpago de gozo.

—¿Pero á qué viene esta señora Soledad á la córte?—preguntó el clérigo, usando ese tono de cariñosa broma que suele emplearse con los niños.

—Yo no lo sé.

—¡Cordero celestial! Pues entonces lo sabré yo. ¿Dónde está tu madre?

—Allí—contestó Soledad, al tiempo que señalaba con el dedo índice y con la mirada el cielo, más negro entonces que la tinta.

—¿Y tu padre?

—Aquí—repuso ella, bajando la mano, y señalando la tierra con energía, como si hubiese tratado de agujerearla, para mostrar los infiernos.

—Murieron los dos.

—¿Era malo tu padre, segun eso?

—Muy malo.

—¿Y tu madre?

—¡Virgen del cielo! Una santa.

—¡Pobre señora!...

—¡Pobre de mí!...

—Tienes razon, muchacha. Ella acabó de sufrir y tú empiezas ahora.

—¿Empiezo ahora? ¡Si llevo ya muchos años!

—¡Cordero celestial!—afirmó el cura, que repetia aquellas dos palabras, con la frecuencia con



que otros hombres dicen vocablos groseros é imprecaciones bárbaras.—No podrán ser muchos. ¿Cuántos tienes?

—Va para quince.

—¿Y cuántos llevas sufriendo las penas de este picarø mundo?

—Lo ménos cinco.

—A ver, cuéntame eso, Soledad de las soledades.

—...Que se murió mi padre.

—Chica, empiezas por el fin. ¿De qué murió tu padre? ¡Acaso de miseria!... Pero, no; ahora recuerdo que por esa tierra hubo, hace años, fiebre amarilla. Murió de fiebre amarilla, ¿verdad?

—No. Murió de un balazo.

—¿Enfermedad fulminante!...

—Él era carlista. Entonces vivíamos en Lumbier.

—¿Qué has dicho? ¿Vivíais en Lumbier? ¿Estás segura?

—¡Cristo bendito! ¿No he de estarlo?

El clérigo, que habia sostenido hasta entónces el coloquio con cierta indiferencia, manifestó, en las facciones de su seco semblante, asombro extraordinario; y sus ojos, pequeños, pero muy vivos é inquietos, agitáronse vertiginosamente dentro de las líneas de cerdas que le guarnecian las pálpabras, arrugadas como pasas de Corinto.



Pero tambien fué esto un relámpago de curiosidad, parecido al que alumbró, momentos antes, el alma de Solita. Aquellas aviejadas facciones recobraron presto su serenidad, y las manos del clérigo volvieron á jugar con el fiador del manto.

—Entonces vivíamos en Lumbier, y mi madre pasaba las del Purgatorio, porque mi padre se emborrachaba cada lunes y cada martes... Una noche, despues de pegarla con un palo, y de llenarla de insultos horribles, se fué, y no le vimos más .. hasta que, otra noche, despues de un dia muy triste, en que se pelearon los del gobierno con los nuestros...

—¿Con los vuestros? ¿Y quiénes eran los vuestros?

—¡Madre del cielo! ¡los carlistas!... Aquel dia sonaron muchísimos tiros... ¡tantos! ¡tantos! que si cada uno de ellos hubiese matado un pájaro, no habria hoy pájaros en España.

—¡Hija, tú serás de Lumbier, pero pareces andaluza!

—¡Madre divina! Que me caiga muerta si no es verdad lo que digo... Mire V., así como pasan los pájaros delante de los ojos una mañana de primavera, así pasaban aquel dia los tiros por delante de los oídos... Mi madre lloró mucho, porque sabia que mi padre estaba peleándose con los



soldados, y creía que cada tiro que sonaba le habria matado á él... ¡Virgen del cielo! Si esto hubiera sido cierto, habrian dado á mi padre miles de miles de muertes.

—¡Qué cosas dices, muchacha!

—Aquella noche, la que vino despues del dia de la pelea, entraron en Lumbier los heridos, los muertos, los pedazos de otros muertos, que destrozaron las granadas... Mi padre llegó...

—¿Llegó por fin?

—Sí. Llegó, por fin, en un carro... y sin cabeza.

—¡Cordero celestial, qué llegada!

—Mi madre que le ve, se desmaya y cae al suelo... Yo no pude levantarla, y como nadie me hacia caso, porque ganaron los soldados, y todos los vecinos salian huyendo, antes de quedar en su poder, pasamos la noche en la plaza, yo, viendo cortar piernas y brazos á los heridos, que estaban tirados sobre la tierra, y mi madre sin conocimiento. A la mañana entraron los soldados... No eran tan perversos como nos decian... ¡Cá, no señor! Me ayudaron á trasportar á casa á mi madrecita y todo... Pero... ¡Virgen Divina! cuando quiso la pobre levantarse, no pudo... Se habia baldado... baldada para siempre se quedó la infeliz... Despues salimos á pedir limosna... porque padre se llevó todo el dinero que ganaba.



mi madre lavando, y nos moríamos de hambre. Mi madre tocaba la guitarra... esta guitarra que usted ve... y yo cantaba... Y como dábamos muchas vueltas al pueblo, mi madre tocando y yo cantando, un sargento de caballería, que estaba en la guarnición, decía siempre que pasábamos por frente al campamento: «Ahí viene la Cigarra;» y me quedé con ese nombre.

—¡La Cigarra!

—Sí; la Cigarra... Porque yo canto muy bien.

Soledad pronunció estas palabras con tal expresión de humildad, que nadie la habría contestado: «No eres muy modesta, hija.»

La Cigarra dijo luego:

—A los ocho días, mi madre escribió una carta á un primo que tenía en Santa Marta, explicándole su orfandad y pidiéndole amparo. El primo... es decir, mi tío, contestó que era pobre y viejo, pero que estaba soltero y sin arri-mo cariñoso de nadie, que fuéramos... y viviríamos juntos.»

«A otro día salimos de Lumbier. Mi madre apenas podía andar, y yo no era bastante fuerte para llevarla en brazos. Apoyada en mi, caminaba poco á poco... El día que más, hacíamos una jornada de dos leguas... Pero al fin llegamos... ¡Cristo bendito! ¿para qué? para asistir al



entierro de mi tío, que murió la noche antes... ¿Ha visto Vd. qué mala suerte?... No hubo más remedio que seguir cantando y tocando; y tanto canté, que todos se olvidaron de mi nombre de pila, y me llamaban *Cigarra*. «Cigarra, canta el romance de la Virgen de los Iluminados,» me decían aquí; «Cigarrilla, canta la jácara de los moros,» me mandaban allá; los enamorados me pedían que entonase unas coplas muy lindas, que empiezan:

*«Hermosita, hermosa,  
la de las manos de plata,  
más te quiere tu marido  
que al rey de las Alpujarras.»*

Y así nos ganábamos la vida... ¡Qué vida, Santa Virgen! Cantar á todas horas, de día y de noche.

—Eres un cordero celestial, Cigarrita...—dijo el cura, enternecido con la dulce charla de la cantora.—Pero aún no me has satisfecho la pregunta principal, que es á qué vienes á Madrid.

—¡Si no lo sé!—repuso la niña con firmeza.—Vengo, porque mi madre, que ha muerto hace diez y seis días, me lo mandó... Estaba agonizando, y me tomó las manos con las suyas, que eran como un pedazo de hielo, para decirme:



«¿Qué desdichada eres, hija mia! Hasta ahora, sólo has tenido días de lágrimas. No has visto el sol sin nubes, ni las mariposas del campo; las tormentas no han cesado de cruzar sobre tu pobre cabecita, y debes estar aturdida de oír tanto trueno.» Yo no entendía aquellas palabras, y como mi madre, al decirlas, me miraba con unos ojos tristes, muy tristes, y quietos, cual si fueran de vidrio, me eché á temblar y grité: «¡Madre! No me hables así; mírame de otro modo. Esos ojos que pones, me asustan.» Pero no dejaba de dirigirme aquella mirada de persona muerta, ó de pájaro disecado, que me entraba en el corazón como si fuese un alambre hecho áscua... Por fin, me dijo que ella se estaba muriendo... «¿Qué morir?—exclamé yo.—Lo mismo pensabas el día en que mataron á mi padre.» Me respondió: «Es verdad; entónces me morí á medias, pues quedé baldada. Ahora me muerdo completamente; y es preciso que antes de que esta boca se cierre, Solita de los ángeles, te encargue una cosa. ¿Prometes tú hacerla?»—Juré que sí, creyendo que me mandaría ir á rezar á la iglesia, delante de la Señora de los Remedios, ó salir al campo á cojer violetas, para ponerlas debajo de una estampa de la Santa Soledad, que tenía frente á mi cama. Más no fué eso lo que me mandó, sino otra cosa más difi-



cil. Me mandó que, en cuanto ella muriese, me fuera de Santa Marta, y me viniese... nada menos que á Madrid... ¡Ya ve Vd., que venir una pobre de pedir limosna á Madrid!... ¡A Madrid, donde no habrá más que gente rica, y condes y reyes!... Y además, me mandó que entregase, no sé á quién, una carta, que ella habia escrito la tarde misma.

—¿Sabia escribir tu madre?

—¡Anda! Mejor que el maestro de Santa Marta. ¡Si estuvo en Madrid ¡sirviendo muchos años!

El sacerdote tornó á dar muestras de interés, y aun podemos decir que de impaciencia febril, impropia de su edad caduca. Especialmente, desde que Soledad pronunció las últimas palabras, y mentó lo de la carta, aquel rostro rugoso y encanecido, que podria compararse á un monton de nieve, experimentó movimientos de ansiedad.

—Sigue, niña, tu historia, que es interesante, —exclamó.

—Pues mi madre me dijo:—«Te vas á Madrid, con tu guitarra, mi bendicion y esta carta... Allí, cuando veas á un señor, ó á un soldado, le preguntas que si sabe dónde vive la persona de quien habla el sobreescrito, y le ruegas que te guie á donde sea. ¿Me prometes hacerlo como

te digo?»...—Respondile que sí; ¡ay! ¡y se murió la pobre!... Cuando la enterraron, cogí mi guitarra, y salí de Santa Marta... y hoy he llegado á Madrid... ¡Si me parece imposible! ¡Hay más leguas de por medi !

—¿Y la carta? ¡la carta!—preguntó el cura con agitacion, dándose golpecitos con la palma de una mano en el dorso de la otra, en señal de impaciencia.

—Aquí debe venir,—repuso la Cigarra, buscando en el bolsillo del vestido.—Sí... aquí... Esta es.

Soledad sacó un pliego, torpemente doblado, y se lo entregó al cura, quien le acercó á sus ojos, para leer el sobreescrito; pero la oscuridad era mucha, grande la debilidad de su cansada vista, y no pudo distinguir las letras, aun cuando parecian tamañas como palotes de Torio.

—Niña—repuso el clérigo—¿vas á pasar la noche aquí? No... no... entra en el pórtico de la iglesia, y allí, entre unos tapices viejos, que están amontonados á la derecha, harás una cama estupenda de cómoda... Luego te echarán por aquella ventana una cesta con algo de comer... Duerme bien, y mañana Dios dirá... Yo leeré esta carta, y pondré en camino á la Soledad de las soledades, para que llegue á puerto de salvacion...



Mientras así hablaba, habíase ido acercando, seguido de la Cigarra, á la verja, abrióla de nuevo, y penetró en el interior del peristilo, perdiéndose, con la cantora, bajo las sombras gigantes de la columnata.

---

---

### III.

#### LA CARTA.

Aquella iglesia era la de las monjas Teresitas, que, si no existen en Madrid, podrian existir, y esto basta, y aun sobra; y aquel sacerdote era el capellan de las mencionadas monjas, que vivia en cierta habitacion, aneja al convento, y colocada entre él y un palacio, ó casa grande y antigua, de que eran dueños los herederos de don Anastasio Añorbe, á quienes conoceremos oportunamente, si hubiese lugar para ello.

El clérigo dejó á Solita sentada en un gran fardo, que formaban diez ó doce tapices puestos junto á la sacristía, y subió cierta escalerilla de piedra que, del disimulado hueco de una puerta inmediata, arrancaba.

Tendria el buen señor más de setenta años, y su cana cabeza, pelada al rape, su cuerpo encorbado, sus manos flacas y grandes, su maci-



lento paso, hablaban, al ménos observador, de los achaques de una edad caduca y de una salud débil. Mucho lo era la del capellan de las Tere-sas, que padecia dolorosos y pertinaces ata-ques de reuma, los cuales le postraban en el le-cho durante meses y meses. Pero si el cuerpo del anciano sufría con estas enfermedades, no así su alma, que se dulcificaba con el continuo padecer, bien al contrario de otras, que se ágrían y envilecen con la desgracia. Llamábase el clérigo D. Pedro Hernando de Cifuentes, mas nadie le conocia sino por el padre Hernando, y aun algunas personas, que le trataban con abso-luta confianza, y las monjas mismas, solian nom-brarle, en lo íntimo de su amistad, el padre Her-nandito, á causa, tal vez, de lo menguado]de su estatura.

Dígase de una vez para siempre: el padre Hernandito carecia de aquellos superiores des-tellos de la inteligencia, que otros sacerdotes de-jan conocer desde la cátedra sagrada ó desde el libro. Allá, en sus juventudes, sintió amagos de vocacion eclesiástica, y trocando el arado, que sus mayores manejaban, como los propios de-dos, por la gramática latina, aprendió á decli-nar y conjugar medianamente, en el seminario de Orihuela, masculló su poco de Moral y un Cuestionario Teológico, y á los veintiocho años

cantó misa, con gran júbilo de sus parientes, que vieron en D. Pedro encumbrado su humilde linage á la altura del sagrado ministerio. A los treinta años, fué nombrado capellan del convento de las Teresas, y allí vivia con una hermana viuda, en medio de una paz, que tenia algo de la paz del sepulcro.

La hermana del padre Hernando, se llamaba doña Mónica, y en su matrimonio, con un mayorazgo de Ecija, jugador y borracho, que, recorriendo las férias de Andalucía, malvertió sus escasos bienes, tanto habia sufrido, que estimaba aquel descanso de su agitado vivir, como tregua dada por el Señor á su ánima, porque se tranquilizara antes de entrar en el reino inmortal, y la diputaba inestimable gracia. Dos hijos tuvo, y ambos fallecieron de pocos años, no habiendo participado la buena señora de los dulces cuidados de la maternidad, sino para ver cuán amarga es la muerte de aquello á que se dió vida.

Después de subir el padre Hernando los cincuenta escalones que conducian á la vivienda, tiró del viejo cordon de una campanilla, que amagó cuatro ó cinco veces sonar, como una boca que se prepara al estornudo, y al fin alborotó el pasillo. Unos pasos menudos se oyeron al punto, y la puerta se abrió, penetrando el clé-



rigo en una estancia que, para conocimiento del lector, diremos era el despacho.

—¿Cómo vuelves tan pronto?—preguntó doña Mónica, que había sido quien abrió la puerta.

—Hace mucho frío, y este pícaro reuma... Además, me he encontrado una niña abandonada, que se moría de hambre, y la he mandado pasar al patio de la sacristía, para que se acueste sobre los tapices... Mira, Mónica, coje la cestita en que el demandadero te pone el recado de las mañanas, mete en ella algo de comer, y échaselo por la ventana á esa niña.

Doña Mónica, que jamás contrariaba las órdenes de su hermano, ni trataba de juzgarlas, se apresuró á obedecer.

Don Pedro, en tanto, se había despojado del molesto hábito, quedando en traje de seglar. Traía remangados hasta la media pierna los pantalones, y una chaqueta, muy raída, hacia las veces de levita en su delgado cuerpecillo. Sentóse en ancho sillón de cuero, adornado con clavos romanos, apoyó los brazos en una mesa que delante había, sobre la cual una lámpara de aceite de oliva derramaba su lumbre, y miró la carta. Pero aun así, no logró leer aquellos garrapatos. Dejémosle buscar en el bolsillo de su chaqueta el estuche metálico de los anteojos; dejémosle sacar éstos, y mientras se los coloca sobre

la nariz, apresurémonos á describir el cuarto.

No cubrían esteras el pavimento, ni papeles la blanca pared. Adornábase ésta con media docena de cuadros, entre los que descollaban, por su grandor, un retrato de San Pedro, otro de la Virgen en su advocacion del Pilar, un plano de Jerusalem y el árbol genealógico de San José Patriarca. Tambien se hacia notar, por el lujo de su churrigueresco marco dorado, cierta cajita de reliquias óseas, donde habia un metatarso de San Fructuoso y un diente de San Narciso, obispo de Gerona, con quien la piedad habia hecho lo que no fueron osados á hacer sus enemigos los franceses.

Encima de la mesa hallábase un armario colgante, y en él, al descubierto, dos filas de libros, casi todos con forros de pergamino: la *Biblia vulgata*, un tomo descabalado de sermones, otro del padre Lárraga, el *Año Cristiano*, algo tambien de Fray Luis de Granada y un paquete de bulas. Por la mesa andaban confundidas las hojas de un *Itinerario del cielo*, las de un *Viaje á Tierra Santa*, el Breviario, y la *Guia eclesiástica oficial*.

Unas cuantas sillas de Vitoria completaban el mueblaje del aposento, que era reducido.—Otro objeto podia verse y oirse (ambas cosas) desde cualquier punto de aquel gabinetito: un reloj



monumental, que tenia la forma de castillo moruno, por cuya puente levadiza asomaba, á las horas y medias horas, un guerrero de plomo, para declarar con algo entre alaridos, voces ó trompetazos, á qué parte de la esfera habian llegado las agujas en su eterno viaje. El interesante habitador del castillo parecia la visible fantasma del tiempo, encargada de avisarnos su lapso.

Cuando se sentó el padre Hernando, oyóse ruido de cadenas en el castillo, desencajóse la puente, salió el moro, y moviendo la corneta que traia pegada á los labios, tocó una, dos tres... nueve veces. Eran las nueve de la noche.—Aunque esto no se juzgue necesario, sino afan prolijo de detalles, diré que tal reloj, demasiado rico para tan pobre casa, procedia de un legado hecho á D. Pedro, por el señor de Añorbe, de quien fué director espiritual.

El padre Hernando habia encontrado ya, en el fondo de su bolsillo, los anteojos. Abrió la boca de pez del estuche de hojadelata, extrajo los sencillos aparatos de óptica, calóselos con impaciencia, y leyó el sobre. Decía: «*Señora doña Ana Añorbe.*» El padre Hernando experimentó un temblor extraordinario; miró de derecha á izquierda con angustia, volvió á leer el papel, despues de pasar sobre las letras los dedos de

su siniestra mano, y... no habia duda. Estaba bien claro: alli decia: «Doña Ana Añorbe.» Aquellos dedos arrugados y temblorosos rompieron el sobre sin vacilar, y arrugándole hasta convertirle en una bola, arrojáronla al suelo, donde un gatito negro, que habia acudido á saludar á su amo, arqueando el espinazo, se puso á jugar con ella.

—¡Qué casualidad, Señor bendito!—exclamó el padre.—Leamos, leamos... Por más que ya sé, poco más ó ménos, lo que podrá decir este papel... ¡Este caso de conciencia no se halla incluido en la *Summa* de Moral y Teología que yo estudié!... ¡Cordero celestial! ¡Como si no tuviera bastante el Señor para probarme, con el pícaro reuma, me manda un conflicto tremendo!... ¡Ay, Dios mio! ¡Dios mio!

El clérigo leyó el papel, interrumpiendo de rato en rato su lectura, cuando alguna palabra difícil de descifrar, le obligaba á hacer detenido análisis de los torpes trazos de la pluma.

Si, como afirmó la Cigarra, su madre escribía mejor que el maestro de Santa Marta, no era ningun génio caligráfico el tal.

La carta decia, poco más ó ménos, así, en estilo incoherente y oscuro:

«Mi querida señora: Cuando reciba usted ésta, »si la recibe, ya habré muerto. La niña queda



»abandonada y sin amparo de nadie. A mi ma-  
»rido le mataron en Lumbier, y entonces escri-  
»bí á usted avisádoselo, y pidiéndole apoyo  
»para la niña; pero usted no me contestó, sin  
»duda, por no llegar á sus manos la carta. No  
»he revelado á la niña el secreto, pues prometí  
»morir con él dentro de mí, y así lo hago. Mu-  
»chas veces he pensado ir á Madrid con la niña  
»y buscar á usted. Siempre lo dejaba para ma-  
»ñana, y al fin he llegado á un dia que no tiene  
»mañana sobre el mundo para mí; en cambio  
»para la niña le tiene, y es tan triste, si usted no  
»se halla en su camino para socorrerla, que más  
»le valdria morirse conmigo y ayudarme á su-  
»bir al cielo, como me ayudó á andar por la tier-  
»ra. Querida señora: le pido á usted, desde el  
»borde de la vida, que recoja á Solita. Ella es  
»muy buena, muy dócil, muy agradecida. ¡Dios  
»sabe si podrá llegar á Madrid la desdichada!—  
*Francisca Pedrezuela.*»

Cuando el cura acabó de leer esta carta, ofre-  
cia su rostro muchas cosas dignas de estudio  
para el fisiólogo. Los ojos, espantados, miraban  
el papel, como si se hubiera convertido en hor-  
rible áspid venenoso; la entreabierta boca de-  
notaba el asombro; la inmovilidad escultórica  
del gesto daba indicio de la irresolucion de un

espíritu sorprendido por un suceso imprevisto, de importancia grande. Tan ensimismado se encontraba D. Pedro, que ni oía el ruido de la péndola, ni las carreras del gato jugando con el sobre de la carta, ni los pasos de doña Mónica, que se acercó á su hermano y le puso una de sus manos, cubiertas de mitones, en la espalda.

—Ya dí á esa niña la cena,—dijo la señora.

Aquellas palabras sacaron al padre Hernandito de su absorcion.

—¿Esa niña?—repuso dando una vuelta en el asiento del sillón, que crujió como si fuese á romperse.

Despues miró fijamente la cara de doña Mónica, y exclamó:

—Esa niña, ¿eh?... Pues anda y dila que suba... No podemos dejarla dormir en el pórtico.

—Pero...—se atrevió á decir la viuda, extrañando tanto la resolucion de su hermano, que al respeto y obediencia ciega que le tenia se sobrepuso la curiosidad femenina.—¿Dónde va á dormir?

—Aquí, aquí mismo. En la única habitacion disponible... La tuya es harto estrecha para dos camas... Aquí le dispondrás un colchon sobre el suelo, dos sábanas y una manta... nada más.

—Pero...



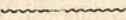
---

—Mujer... Hágame el favor de llamarla... Que suba y... luego te explicaré...

Parecia que el asombro y estupefaccion de D. Pedro se habian trasmitido á doña Mónica, quien, con la cara dilatada por la curiosidad, salió del despacho para cumplir el precepto del cura.

Este se quedó diciendo:

—¿Qué resolveré, Dios mio, que resolveré?

---

#### IV.

##### RECOGIDA.

Doña Mónica abrió la ventana por donde echára la cesta con vituallas para la frugal cena de Solita. La luz de la habitacion, saliendo por la ventana, proyectó en la frontera pared un paralelógramo amarillento.

—¡Niña!—gritó doña Mónica asomando su cabeza para escudriñar las sombras del patio.

—¡Qué!—respondió la Cigarra, saliendo de entre las columnas.

—Sube... por esa escalera que hay á la derecha.

La Cigarra subió inmediatamente, aunque con algun miedo. Aquella oscuridad impenetrable, el eco medroso con que los altos muros de piedra reproducian el ruido de sus pasos, tenian tan asustada á la cantora, que apenas habia probado los alimentos que le diera la anciana.



---

—Dice el señor cura,—afirmó ésta al cerrar la puerta, despues de haber entrado Solita,— que hace demasiado frio para que duermas en el patio.

—¡Ay, señora! ¡Qué bueno debe ser el señor cura! En todo el viaje hallé quien me socorriese de este modo.

—Entra, no te quedes ahí,—añadió la viuda, mirando el semblante agraciado de la Cigarra, con expresion de lástima.

El gatito negro habia salido á conocer al recién llegado, y se paseaba delante de la niña haciendo eses con la cola. El gracioso animalejo, despues de dar un brinco, corrió hácia el despacho de nuevo. La huérfana y doña Mónica le siguieron hasta la habitacion donde el clérigo aguardaba á la niña con ansiedad grande, pintada en su semblante por indudables rasgos.

—He pensado que el frio de la noche es harto crudo para una criaturita de tu edad... Aquí dormirás magníficamente... Mónica, házle la cama bajo el reloj.

Aquel era el sitio donde el gato Benjamin solia acostarse, sobre un cubre-piés viejo y apollado; y como si el bicho hubiese comprendido que se trataba de despojarle inicuamente de sus derechos, lanzó un maullido y fijó sus pupilas redondas y fulgurantes en la huérfana. Tam-

bien tenían fijos sus ojos en ella el padre Hernando y su hermana; y ciertamente que aquellos tres pares de ojos podían ocuparse con agrado en mirar tan hermosa obra de la naturaleza.

El rostro de Soledad era ovalado, con la barba menuda y afiladita, partida por gracioso hoyuelo, en que se reunía toda la sombra compatible con el resplandor de aquellos negros ojos, que arrojaban viva lumbre, cual diamante tallado en mil facetas; sus mejillas pálidas, marmóreas, suaves, recordaban el color de las rosas de invierno, únicas dignas de acercarse á su nariz recta y pequeñuela, sobre la que dos cejas, como dibujadas con tinta de china, destacaban sus delicados arcos en una frente ancha y noble. Si la estética escultural hubiese cogido por su cuenta á Solita, habrían hallado en ella defectos plásticos; acaso el de que su cuello era demasiado débil para tan hermosa cabeza, que, por lo mismo, se inclinaba á derecha é izquierda habitualmente, como flor abrumada de su propio peso; acaso la de que su cuerpo carecía del desarrollo que los Phidias han querido atribuir á Hebe, la vírgen ateniense; acaso la de que sus manos eran demasiado largas y algo flacas. Lo que aseguramos es que un pintor cristiano habría tomado á Soledad por modelo de esos ángeles de ignorado sexo, que entran en el cielo



luminoso conduciendo en los brazos un alma justa.—Otras dos cosas muy lindas poseía la cantora, además de su alma: la flexible cintura, comparable á un álamo joven, y el negro cabello que, en dos robustas trenzas, caíale por la espalda, como dos frágiles columnas salomónicas derumbadas. Hemos mentado su alma: era una paloma dormida entre jazmines.

Soledad miraba á los ancianos con gratitud. Sus pupilas no eran de estas medio entornadas que indican malicia é inteligencia suspicaz. Al contrario, abriáanse todo cuanto les era permitido por los párpados, y miraban con toda su fuerza entre curiosas y asombradas.

Después de un rato de silencio, en que pudieron oírse el vaiven del reloj y los pasos del gato, que se había subido á la mesa, y allí ponía sus profanas plantas en el *Itinerario del Cielo*, dijo doña Mónica:

—¡Pobre! ¡Qué hermosa es!

D. Pedro pensó al mismo tiempo:

—¡No hay duda! ¡Cuánta semejanza!

El gato, por no ser ménos, sin duda, cuentan que asintió al juicio de la viuda, *diciendo*:—¡Miau!

Y el guerrero de plomo del reloj, ignórase si movido de curiosidad, ó porque hubiesen llegado las agujas á las nueve y media, surgió de su cárcel, tocando la corneta.

---

V.

EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE INVIERNO.

El cura salió de su despacho despues de decir á la huérfana:

—Acuéstate á seguida. Ventrás cansada, sin duda.

Y cerró la puerta, en cuya parte superior habia dos vidrios pequeños, cubiertos de una especie de párpados de muselina. Esta puerta separaba el despacho de la sala, que era la más honrada pieza de aquella vivienda, y en frente de su cuadro descubriáanse dos alcobas, que ocupaban respectivamente D. Pedro y doña Mónica. Ambas carecian de puertas, y en su marco blanqueado flotaban colgaduras de tela catalana, muy llena de ramos, que se recogian sobre dos ganchos de hierro, con adornos de metal de azófar, dejando al descubierto un triángulo, á través del cual veíanse las camas de hierro, tan



humildes como camas de hospital, y no ménos limpias que camas de convento. Bajo las colchas, que no llegaban al suelo, descubriáanse dos filas de zapatos alineados, desde el par nuevo y sin estrenar, hasta el par agujereado y en situación propíncua de ir á la espuerta de la basura. D. Pedro se puso á dar vueltas por la sala, mientras se acostaba su hermana.

Soledad venia, segun el cura pensó, rendida por la fatiga de la marcha; desde que murió su madre, no habia dormido una noche tranquilamente, con aquel reparador y dulce sueño del niño que descansa sobre el seno que le ha engendrado. La infeliz se desnudó precipitadamente. Asistamos, vueltos de espalda, al despojo de sus ruines harapos, que iban cayendo uno á uno sobre el colchon, y dejaban al descubierto los brazos de Soledad, su seno naciente, sus piernas, aún temblonas por el frio... su cuerpo todo, en fin. La niña se arrodilló, hizo la señal de la cruz, y metióse suavemente en el lecho, sin mover apenas las sábanas, como una golondrina en su nido, como una abeja en el cáliz de la azucena. Cerró los ojos.

No habia ninguna luz en el despacho, y la de la sala, donde el padre Hernandito se paseaba sin cesar, colábase por los dos vidrios de la puerta, diseñando sobre la pared dos figuras geo-

métricas, que recordaban los cuadros blancos de un tablero de damas. En medio de uno de ellos, iba y venia la péndola del reloj, que impresionaba el oido como impresiona el tacto los latidos del pulso, si aplicamos nuestra mano á la de un calenturiento. Si la sistóle y diastóle de nuestros corazones se oyeran, sonarian así.

Para el que está acostumbrado á ello, el ruido de una péndola es dulce llamativo del dormir; pero para el que no lo está, aquel latido igual, incansable, manteniendo en perpétua actividad los nérvios del oido, es incompatible con ese descanso absoluto del sentir, que constituye el sueño. Soledad, despues de cerrar los ojos, volvió á abrirlos, para mirar la péndola, y entonces saltó su mente de nuevo la infantil curiosidad que de ella se habia momentáneamente apoderado, cuando escuchó los trompetazos del guerrero moruno.

—¡Qué reloj tan lindo! Parece imposible que un hombre sea capaz de fabricar tal maravilla. Esto es como obra de Dios, y se mueve y respira cual una criatura.

Tornó á cerrar los ojos, pero el ruido de la péndola se los hizo abrir de nuevo, y el sueño, que ya batia sus alas sobre la frente de Soledad, huyó á larga distancia.

—Esta noche hace diez y seis que no veo á mi



madrecita... «Reza, me decia ella; reza y te consolarás...» Pues ni rezando me consuelo... «Llárame con el pensamiento y vendré...» Y la estoy llamando á toda hora, y no viene... ¡Madre, madre!

En aquel momento el sacerdote se detuvo ante la puerta del despacho, é inclinando su cuerpo hácia la cerradura, escuchó un momento, y tornó á su paseo.

—Ya se ha dormido... claro está... ¡Apenas ha andado leguas la niña!... ¡Cordero celestial! si parece imposible que un cuerpecillo tan delicado haya resistido .. ¡Mónica, Mónica!... ¡Sí! á otra puerta; tambien se ha dormido... ¡Feliz tú, que puedes dormir! Yo no duermo hace tres noches, por el pícaro reuma, que se ceba en mi pierna derecha como la horrible boca de una fiera... Hoy, que me encontraba más aliviado, viene este suceso... ¡Dios mio! ¿Pero si se diria que es un sueño, una pesadilla, un capitulo de novela?... Nada más cierto, sin embargo... Y vuelvo á preguntarme: ¿cómo resuelvo el conflicto?... Cuantas veces me haga esta pregunta, otras tantas quedará sin respuesta.

El buen anciano se llevó las manos á la cabeza; despues, bajándolas á la altura del pecho, cruzólas con fuerza, y las palmas produjeron al unirse un leve ruido.

—¿Llamabas?—preguntó desde una de las alcobas la voz de Mónica, aún no dormida, pero ya en el umbral de ese palacio fantástico y sombrío en que la humanidad pasa sus noches. La palmada de D. Pedro hizola volver repentinamente á la vigilia.

—Si,—repuso el clérigo.—Te llamé hace poco, pero ya estabas con los santos.

—Cá, hombre... Si no me deja dormir la curiosidad.

—Pues para eso te llamé antes... Tú quieres saber quién es esa niña... Pues bien... no puedo decirtelo.

—¡Buen modo de sacarme de mi anhelo!

—No me creo autorizado para...

—Pues, ¿dudas de mi discrecion y de mi silencio?... Cada momento que transcurre, cada palabra que sale de tus lábios, aumentan mi curiosidad... Nó, ya no es curiosidad, sino una ánsia!.. Yo pensé que tú no tenias secretos.

—Y no los tengo, porque este secreto es ajeno. Lo que hago es guardarle... ¡Desventurada niña!... ¡Es preciso una solucion enérgica!

El clérigo arrastró una silla hasta la entrada de la alcoba, y se dejó caer con abatido ademan sobre ella; apoyó los codos en las rodillas, la cabeza en las manos, y permaneció un rato silencioso. Despues, cambiando de improviso de



postura, miró á su hermana, que sacaba su moreno y arrugado rostro entre las sábanas, y empezó á hablar.

Al otro lado de la puerta no se dormía aún. Soledad habia oido el rumor de la plática de los hermanos y el soliloquio del sacerdote, y sin lograr que ninguna idea llegase entera á sus oídos, por las palabras sueltas é incoherentes que cogió al vuelo—permitidme la frase—comprendió que se trataba de ella. Prestó atento oído, y escuchó entonces que D. Pedro decia: «¡Es preciso una solucion enérgica!» Estas palabras alarmaron á la niña; tuvo miedo y ocultó su rostro entre las mantas, metiéndose bajo ellas completamente.

¡Hablaban de ella! ¡Era preciso adoptar una solucion! Dios eterno, ¿qué solucion seria?... Entonces se arrepintió de haber subido á casa del cura, y avínole á la memoria que, entre las advertencias que su madre le diera poco antes de morir, fué una la de que se guardara en la córte de entrar en ciertos lugares, donde la tratarian al principio con amor, para obtener de ella luego vergonzosas concesiones, ó para martirizarla cruelmente... En su imaginacion vivísima y clara, creyó al punto que habia caido en alguna red de que jamás se veria libre. Sus ojos, cerrados y cubiertos por la ropa del lecho, contem-

plaron en un punto manos feroces, armadas de puñales, que brillaban cual relámpagos; rostros barbudos, en los que se movían pupilas sangrientas, al modo que se mueven las llamas en el hogar; puños cerrados, que amenazaban aplastar su preciosa cabecita; uñas caireladas y agudas, que iban á clavarse en su garganta... Todo en un momento, apareció ante su fantasía con los colores de la realidad, apenas alboreó en su alma el temor de ser víctima de su candidez é inocencia.

Aun cuando las mantas cubrían su cabeza, llegaban hasta ella el ruido de la péndola y el de la conversacion de los ancianos, el lejano gotear de la lluvia sobre los muros exteriores de la vivienda, el traqueteo de algun carruaje que atravesaba la calle vecina como el rumor de un trueno que suena en las lejanías del firmamento... Un instante hubo en que sintió además otra cosa distinta. Algo habia pasado sobre su cuerpo, su pabellon auricular percibió un leve crugido... Todos sus terribicos sueños iban á realizarse, y cada minuto contado por el reloj temía ella que fuese el último de su vida; pero pasó un minuto, dos, tres y nada sucedía. Por fin se decidió á sacar la cabeza de entre la ropa y mirar fuera de la cama. Miró, miró con toda su alma, y vió cerca de sí el gatito negro, que se-



guia jugando con el papel que arrojára al suelo D. Pedro momentos antes.

Tranquilizóse Solita con este reconocimiento del cuarto, y sacó una mano del lecho, para acariciar el lomo de Benjamin, que bajo la dulce presion de los dedos, despidió chispas luminosas y finas, cual hebras de oro. Solita cogió el papel, y maquinalmente lo desenvolvió; cuando le hubo extendido, examinó su arrugada superficie y... el corazon le dió un brinco dentro del pecho. Habia reconocido en aquel pedazo de papel el sobre de su carta. ¿Cómo se habia atrevido el cura á abrirla? ¿Era esa la manera de dirigir á la niña á la persona que, segun su madre, debia protegerla? Nuevo temblor acometió á la Cigarra. Este descubrimiento acabó de convencerla de que habia caido en manos crueles que, lejos de ayudarla á encontrar puerto de amparo, contribuirian al tremendo naufragio de su felicidad. El llanto se agolpó á sus pupilas, y salió de ellas en abundancia. Era un dolor, una pena inmensa, lo que agobiaba á Solita; aquel desahogó calmó un tanto la agitacion de su pecho, y por fin, rendida al cansancio fisico, durmióse, y el sueño se apoderó de su cuerpo como lo hubiese hecho la calentura. Pero aún en medio del letargo, la imaginacion excitada de Soledad trabajaba sin descanso, forjaba medrosas quimeras en

---

el yunque de lo inverosímil; y bajo el martillo del terror, los sucesos de su vida se retorcian y desfiguraban, tomando apariencias espantables, al modo que el metal enrojecido en la forja del herrero. Frecuentemente agitábase su cuerpo con estremecimientos nerviosos, y su boca se abría, como para demandar auxilio; era que en su fantasmagórico soñar alguno de aquellos trasgos, algun fantasma negro, acometiale furioso. Luego volvía á la calma.

---